

## CAPITULO XXVIII.

### Le conciencia.

En cuanto Amalia y Luz salieron del cuarto en que habia tenido lugar la sangrienta escena entra Willey y Duval, éste empezó á perder su fuerza á causa de la sangre que manaba de su herida, y poco despues quedó desmayado.

La autoridad ordenó entonces que se trajese una camilla; y fué conducido en ella al hospital de S. Pablo.

El médico del establecimiento reconoció la herida, y declaró que era mortal.

Sin embargo, hizo escrupulosamente la curacion, y encargó el mayor esmero en la asistencia.

Duval volvió al cabo de una hora de su letargo; pero la debilidad, causada por la sangre que habia perdido, unida á las ideas causadas por el encuentro de Amalia y de su hija, le hicieron estar en un continuo delirio toda la noche.

A eso de las tres de la mañana pareció hallarse un poco tranquilo, y poco despues vino á quedar en un profundo sueño.

Los encargados de cuidarle, procuraron que no se hiciese el mas ligero ruido.

Merced á este cuidado, el herido descansó cuatro horas.

Eran las siete de la mañana cuando Duval abrió los moribundos ojos.

Dirigió la vista á todas partes para reconocer el sitio en que se hallaba, y pareció que hacia esfuerzos para poder hablar.

El juez encargado de tomarle algunas declaraciones, que no pudieron practicarse en el momento de verse herido, y que habia estado junto á él toda la noche esperando á que estuviese en disposicion de decir algo, se acercó cuanto le fué posible.

—¿Se ha salvado esa jóven?

Fueron las primeras palabras que con moribunda voz pronunció el herido.

Aunque criminal, era padre; y la memoria de su hija, á quien vió en peligro, preocupaba su imaginacion.

—Sí, señor, se ha salvado.—Le contestó el juez.—Vd. mismo le arrancó del poder del malvado que trataba de perderla, y en defensa de la virtud recibió vd. esa herida.

—¡Ah! sí.... es verdad.

—Y toda la noche, y aun esta mañana, ha enviado esa jóven á saber por el estado de la salud de vd.

—¡Gracias, Dios mio, gracias! ¡No era yo digno del supremo bien con que me inundas en este instante!

Y Duval sintió bañado su corazon por el bálsamo consolador que vierte el convencimiento de la piedad de los séres que amamos en la tierra.

En aquel instante penetraron en la sala en que se hallaba el herido, dos hombres que revelaban en su trage y sus maneras pertenecer á la buena sociedad.

Eran los mismos que la noche anterior cruzaron por el barrio de la Palma, obligando á Duval á que se ocultase, temiendo fuesen agentes de policia.

El herido fijó la vista en ellos, y exclamó sorprendido, aunque con débil voz:

—¡Aquí, al espirar, los dos!

Uno de los aludidos, jóven de simpática fisonomía y gallarda presencia, se acercó al herido, le apretó la mano con interes, y le dijo prontamente al oido estas palabras, que solo Duval pudo oir:

—Gracias debeis dar á Dios que nos ha llegado á enviar, á poderos perdonar, aquí, al espirar, los dos.

—¡Ah! ¡gracias, señor Nuñez!—Dijo Duval de manera que todos le oyeran.—No son ya un secreto mis maldades, y la mortificacion que me cuesta publicarlas, quiero que sirva, en parte, de expiacion á mis culpas. Yo he tratado mil veces de privarle á vd. de la vida, y vd. tiene la bondad de perdonarme....! Este perdon embalsama mi

existencia, ya próxima á acabar, y si igual favor pudiese esperar de D. Ricardo....

—Ricardo—dijo el otro individuo que habia entrado con Nuñez—ha olvidado la prision en que le ha hecho vd. gemir por muchos años, y desea que Dios le perdone al comparecer á su presencia, como él le perdona y compadece.

—¡Es vd. muy generoso, D. Ricardo, y ahora conozco cuán criminal fui al privarle á vd. de la libertad!

—Todo ha pasado ya. El porvenir me sonríe de nuevo, y ya hubiera sido feliz, si cuando salí de la caverna de Cacahuamilpa, libertado por mi amigo Nuñez, no hubiera caído enfermo, y permanecido en Cuernavaca, hasta verme restablecido, que es lo que ha motivado nuestra tardanza, hasta anoche que llegamos á esta capital.

—¡Anoche!

—Pero, decid:—Exclamó Nuñez:—¿qué es lo que se ha hecho del doctor? ¿en dónde está? Anoche, al ruido de la detonacion de una pistola, entramos en la casa en que fué vd. herido por él; pero le habian conducido

á vd. ya á este sitio, y cuando llegamos, se encontraba vd. delirando, impidiendo así que le preguntásemos por él. Por eso ahora, anhelando saber dónde se encuentra, para arrancar de su poder á la infeliz Adela, hemos vuelto á este sitio para que vd. nos diga en dónde tiene oculta á la mujer que adoro con toda el alma.

—El doctor—contestó Duval con débil voz—debió partir sin duda, en el acto de herirme, con direccion á Veraacruz, pues todo lo tenia dispuesto para el viaje. Con respecto á la jóven por quien vd. pregunta, la habia hecho salir anticipadamente de México en una litera, con rumbo al mismo puerto.

Estas palabras helaron el corazón de Nuñez, y le dejaron como herido de un rayo.

Ellas le hicieron comprender toda la magnitud de su desgracia, porque la sintió precisamente cuando creyó llegar á las puertas de la felicidad.

Pero vuelto luego de su anonadamiento, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, levantó la cabeza con energía, y recobrando la fé,

que por un momento le habia abandonado, se dirigió á Ricardo, diciéndole:

—Salgamos inmediatamente á caballo en su persecucion.

Y sin detenerse un instante salieron de la pieza del herido.

Duval les envió una mirada de gratitud y de compasion.

Se acusó de ser causa de los males de ellos, y exclamó con acento del mas profundo arrepentimiento:

—¡Dios mio, haz que salven á esa jóven para que mis delitos sean menos enormes! ¡Es el único sér que aun gime por haberme asociado á ese hombre! ¡Pero no!—Añadió como asaltado por una idea espantosa:—No es el único sér que padece por mi causa.... aun hay otro que me impide morir tranquilo.... ¡Sí... hay otro! ¡Un hombre... sí, un hombre que debia morir hoy por mi causa!

Y se estremeció.

—¡Un hombre?

Preguntó el juez recogiendo con avidez todas sus palabras.

—¡Sí.... un inocente!

Dijo con desfallecida voz el moribundo.

—¿Su nombre?

Le interumpió el juez con afan.

—¡Félix!

—¿Félix Huerta?

—Sí.

—¿El jóven que debió ser ejecutado á las siete?

El herido hizo una señal afirmativa.

—¿Pues qué, no es él acaso el asesino del señor Flan?

—¡No!

Respondió casi con el aliento Duval.

—¿Qué escucho!—Exclamó el juez con inquietud.—¿Pues quién?

—Yo.

—¡Usted!

—Y el hombre que me ha herido y que era mi cómplice.... Voy á comparecer ante el Supremo Juez, y no quiero llevar sobre mí la sangre de ese inocente, si es que aun es tiempo de salvarle!

Y Duval volvió á quedar callado.

El esfuerzo que habia hecho para ha

blar, y la emoci6n que sentia, agotaron sus fuerzas.

—¡Dios mio!—Dijo el juez levantándose y sacando el reloj.—¡La ejecucion estaba dispuesta para las siete, y han dado ya! ¡Ah! ¡corramos al sitio del suplicio! ¡tal vez llegue á tiempo! ¡tal vez logre salvar la vida de un inocente!

Y el juez, montando en un coche que le esperaba á la puerta, y dejando al herido entregado al cuidado de un confesor que escuchaba sus culpas, ordenó al cochero que hiciese caminar á los caballos á toda prisa, y se diriji6 inquieto hácia el Egido.

—¿Habrá perecido ya?

Decia interiormente; y sacaba á cada instante la cabeza por la portezuela para ver si aun le faltaba mucho para llegar.

Al acercarse á Corpus-Cristi, calle que está recta á la Acordada, en que estaba la cárcel, vió que la gente estaba agolpada hácia el lado del paseo de Bucareli.

Esto le hizo creer que el sentenciado á muerte habia llegado ya al patíbulo.

El pecho se le oprimió con este pensa-

miento, y mandó al cochero que violentase el paso, aunque reventasen los caballos.

El auriga obedeci6, y pronto se encontraron enfrente de la Acordada.

El preso, en efecto, habia salido ya de ella para sufrir la pena de muerte.

¿Se habia ejecutado ésta?

El juez tembl6 temiendo haber llegado tarde, y gritó de nuevo al cochero para que apresurase la marcha.

El cochero agitó á los corceles; pero cuando mas aprisa iban los caballos, el carruaje tropezó con un guarda-canton, que estaba cerca de la Acordada, y rompiéndose uno de los ejes, la rueda saltó, inutilizando el coche.

Este contratiempo, en momentos tan críticos, era altamente sensible.

El juez saltó del carruaje y diriji6 la vista hácia el sitio á que habia pensado llegar á tiempo.

Un vuelco di6le el corazon dentro del pecho ante el espectáculo que se presentó en aquel instante á sus ojos, y su rostro se cubrió de una palidez mortal.

El reo estaba ya sentado en el patíbulo.

La distancia que le separaba de él era aun bastante larga, y era por lo mismo imposible salvarle.

—¡He llegado tarde!—Exclamó afligido, y sin embargo, lejos de detenerse ante aquella desconsoladora reflexion, se dirigió velozmente hácia el sitio del suplicio.

Pero por mucho que agitase el paso, no podia llegar á tiempo.

Aun le separarian algunos centenares de varas del sitio de la ejecucion, cuando el verdugo acababa de colocar el instrumento de muerte al cuello del desdichado Félix.

El ministro de la muerte puso las manos en el fatal instrumento para dar la terrible vuelta.

El juez aun estaba á larga distancia, y el gentío le impedia llegar.

Félix sintió en su cuello la mano del verdugo, que arreglaba la argolla que debia poner término á su vida.

Un frio glacial circuló por todas sus venas, y se encomendó á Dios con toda su alma.

El ejecutor de la justicia iba á poner fin á su vida.

Un hombre del bajo pueblo, que estaba cerca del patíbulo y confundido entre la multitud, gritó en aquel momento:

—¡Esperad! ¡ese hombre es inocente! ¡Yo conozco al falsificador!

El padre Enrique detuvo entonces la mano del verdugo.

El oficial encargado de presenciar la ejecucion, se acercó entonces á saber el motivo que habia detenido el golpe del verdugo.

En aquellos momentos logró el juez llegar al sitio del suplicio, y exclamó con firme y claro acento:

—No le mateis.... no le mateis.... es inocente.

A aquella voz, el oficial dirigió la vista hácia el que hablaba, y al reconocer á uno de los jueces de mas elevada posicion, mandó suspender la terrible ejecucion.

—¡Es inocente! ¡es inocente!

Repitió alborozada la multitud.

El sacerdote que habia confesado al pre-

so, y que conocía la rectitud de su conciencia, se inclinó hácia él, y le abrazó diciendo:

—¡Hijo mio.... está vd. libre! ¡Dios ha permitido que se descubra su inocencia!

Félix creyó despertar de un sueño al escuchar aquellas palabras; miró al digno ministro del Señor para cerciorarse de que era realidad cuanto le pasaba; contempló al numeroso gentío que agitaba los pañuelos saludándole; sintió sus manos y su garganta libres del hierro que les oprimiera; descubrió la campiña verde y deliciosa, como cuando se había despedido de ella, y al cerciorarse de la verdad, cayó de rodillas dando gracias á Dios por su infinita misericordia.

El juez entre tanto se había acercado al jefe encargado del mando de la tropa, le expuso en pocas palabras lo que había pasado; pidió bajo su responsabilidad llevar al jóven para presentarlo al gobernador; el oficial accedió á la solicitud de un hombre tan respetado y conocido en la sociedad; y poco despues Félix penetraba con él en un

cochê que había mandado traer el juez, y se dirijia, en compañía de su salvador, á la casa del gobernador.

¿Quién había sido el hombre del pueblo que, confesando la inocencia de Félix, hizo detener el golpe fatal de muerte, dando así lugar á que llegase el respetable juez que conocía al verdadero criminal?

Don Margarito: el amante de la Federa-cha: aquel que, zeloso del doctor, manifestó en Tlalpam su conviccion de que Willey era monedero falso; el mismo á quien vimos mezclarse en la conversacion de aquel grupo en que se hallaba la que fué criada de Flan, y que al salir Félix para el patíbulo, indicó la inocencia del que era tenido como miembro pernicioso de la sociedad.

Así la Providencia se valió de un sér el mas humilde, para descubrir lo que dos malvados habían ejecutado sin testigos, con el mayor secreto, y dejando indicios que hiciesen caer la acusacion del crimen sobre un inocente.

Félix, conmovido aún por el recuerdo de la terrible escena que acababa de pasar,

marchaba en el coche con el digno juez, y mereciendo mil finas atenciones de tan celoso funcionario, hacía la casa del gobernador.

El padre Enrique, mirando en aquel admirable suceso la mano del Criador, se dirigió hacia el templo de S. Fernando á darle gracias por su misericordia.

Y Margarito, rodeado de un numeroso pueblo, se entretenía en contar la manera con que había descubierto que Willey era monedero falso, y que al ver sentado á Félix para recibir la muerte, sintió que su conciencia le gritaba que no le dejase morir, y que por eso confesó que era inocente.

Todo, pues, había terminado de una manera inesperada y feliz.

Y para que nada faltase á aquel admirable cuadro; en aquellos mismos instantes, Duval, arrepentido y conrito, acababa de espirar, absuelto por un ministro del Señor, después de haber dispuesto, ante un escribano, que se devolviesen á Leopoldo los treinta mil pesos de las libranzas cobradas en nombre de su buen padre, y señalando

otras gruesas cantidades para que fuesen entregadas á las diversas personas que nombró.

Al saber su muerte, Amalia y la agradecida Luz, cayeron de rodillas ante una imagen de la Virgen, á rogar por el descanso de su alma.